

LIBRO IV

FÁBULA I

La Rana y el Caballo

*Desde un charco,
Cierta Rana
Canta ufana
Su pasión
A un Caballo
Muy maestro
Que, del diestro,
Lleva Antón:*

— «¡Oh! ¡Qué hermoso!
¡Cuán fogoso
Providencia te crió!
De esa planta
Que me encanta,
A ninguno más do'ó.

Ancho el cuello,
Tu resuello
Brotó fuego en la nariz
Tu fiereza,
Tu viveza
Muestran bien que eres feliz.

Recio el callo
¡Buen Caballo!
Hace el suelo retemblar,
Ya relinches,
Ya te hinchas
Vanidoso al galopar.

Brazo suelto,
Aire esbelto,
Anca llena, larga crín.....
De la guerra
No te aterra
Ni el estruendo ni el clarín.

Si te irritas
Y encabritas,
Luego escapas con ardor;
O en corvetas,
Te sujetas
A placer de tu señor.

Cual langosta
¡Sus! Nada obsta
A tu salto volador:
Zanja ó foso,
Siempre airoso
Salva osado tu valor.

Lo obediente,
Lo valiente
Uniditos en ti van,
Que, á la mano,
Diestro, ufano,
Obedeces con afán

Y ora humillas
Las rodillas,
Ora danzas con primor;
Todo, todo,
Según modo
Que te enseña el picador.» —

*Y el Caballo,
Ya molesto,
Echó el resto
Con decir
Tal sentenciá*

*Que, en su forma,
Nos da norma
Que seguir:*

— «Hembra inútil,
Necia y fútil,
Sólo ves mi habilidad;
Pero, diga,
¿Qué me obliga
A tener tanta bondad?

¡El bocado!
Que, ajustado,
Lengua y boca refrenó.
De otro modo,
Libre todo,
Indomable fuera yo.

¡Cuántos males
Garrafales
Cometiera, bruto audaz,
Llano y sierra,
La ancha tierra
Recorriendo montaraz!

Así, Hermana

Charlatana,
Pon la oreja y atención,
Por que entiendas,
Por que aprendas
Esta ascética lección:

Que no es mengua
Que á la lengua
Ponga freno la virtud,
Cuando tantos
Hombres santos
Así alcanzan la *salud*.

*Ten silencio,
Buen cristiano,
Y no en vano
Callarás;
Que, á esa costa,
Ser perfecto,
En efecto,
Lograrás¹.*

1. S. Jac.

FÁBULA II

Amor y Temor.

En una tarde de asueto,
Amor y Temor de Dios
(Dos Monjes de gran respeto)
Compusieron un Soneto
Verso á verso, entre los dos.

Y aquí, lector, yo lo zampo
Como lo narra la historia.
Y, ya que por ti lo estampo
En este ascético campo,
Consérvalo en la memoria:

SONETO

- A. ¡Oh! ¡con cuánto placer mi ley observo!
T. ¡Ay! yo cumplo también, pero á destajo.
A. Jamás en la obediencia vi trabajo.
T. Yo me rindo al azote como siervo.
A. Fijo en la altura, mi fervor conservo.
T. Yerto camino por el suelo bajo.
A. Con mil delicias el Señor me atrajo.
T. A mí de males con penoso acervo.

- A. ¿Y somos, siendo así, santos y puros?
T. Para la perfección nos falta un tilde.
A. ¿Tal vez unirnos con abrazo doble...?
T. ¡Sí! que es fuerza, al querer vivir seguros ..
A. Yo, AMOR, que *tema*, para ser humilde.
T. Yo, TEMOR, que *ama* para ser más noble ¹.

¹ Eecl., XXV, 16.

FÁBULA III

La Rosa entre espinas.

En una selva muy retirada,
Cándida rosa se ve brillar,
De espesa zarza bien rodeada,
Que la defiende cual valladar.

Así guardada,
Vive segura,
Que mano impura
No la ha de ajar.

La vió una Bella, gran cortesana,
Y, muy galante, le dijo así:
— «¡Funesta suerte te cupo, hermana!
¿Qué vida es esa tan baladí?»

»Flor tan galana
yo no consiento
Por un momento
Que viva aquí.

»Vendrás conmigo, y en los salones
Serás hechizo por tu candor;
Serán tu trono ricos jarrones
De porcelana de gran valor.

»Mil ilusiones
Habrás en tanto;
Serás mi encanto,
Serás mi amor.»—

Con tal arenga, sobrecogida
La Rosa humilde palideció;
Mas vióse luego más encendida,
Cuando ardorosa le contestó:

— «Tan dulce vida
Yo no la quiero:
Morir primero
Resuelvo yo.

»Hoy he nacido: mi vida es poca,
Tu aliento quema como un volcán;
Y, si tu mano mi cáliz toca,
Secarme al punto me mirarán.

» Seré de roca;
No me alucina
Ni me fascina
Todo tu afán.» —

Mas ni por esas cede la Dama;
Vuelve á su antojo; constante en él,
Al sitio llega..... la rosa clama.....
Y al fin decide la zarza fiel;

Pues en su rama
Paróse herida
La fementida
Dama crüel.

Desde este lance, cuando mis ojos
La fuerte reja ven con temor,
Que el claustro guarda con sus abrojos,
«No es esto (digo) vano rigor:

De los antojos
De mano impura
La zarza dura
Libró á la flor» ¹.

FABULA IV

El reloj de pared.

Un joven muy piadoso,
De virtudes modelo,
Se olvidó cierto año
De hacer sus *ejercicios*. ¡Mal agüero!

Le hallaron, desde entonces,
Casquivano y ligero,
Disipado, engreído,
Y á punto de caer en graves yerros.

Hasta tanto que un día,
Al entrar del paseo,
Inmediato á su estancia,
Escuchó con asombro estos lamentos:

— «¡Ay de mí, sin ventura!
¡Cuán cerca mi fin veo!
Las fuerzas se me acaban,
Que, débil, sólo, reparar no puedo.

» ¡Venid, venid volando!
¡Aún llegaréis á tiempo
De sostener mi vida!
¡Si tardáis un instante, yo fallezco!» —

Buscó el joven sus armas,
Cual Fidalgo Manchego,
Y asiendo la tizona
Con gran ímpetu entró en el aposento.

— «¡Ah del fantasma (grita
Sin temor el Mancebo);
Mas ¿qué miro?» — Y, helados,
Espada y corazón al par cayeron.

De un Reloj de pared
Son los tristes acentos:
— «¡Dame cuerda, mal amo,
Que sin ella servirte yo no puedo!

» ¿No estás viendo mis pesas
Casi tocando al suelo?
Si tardas un minuto,
Un cadáver no más me encuentras hecho.» —

Entendió la indirecta
El joven, que no es lerdo;

Y, el retiro buscando,
Volvió á sus *ejercicios* con empeño.

Al reloj de su alma
Faltándole iba el peso;
Y, si no acude pronto,
Reprobado por Dios, quedara muerto.

*Por eso el buen Cristiano,
De negocios huyendo,
A dar cuerda á su espíritu
Se entrega con afán de tiempo en tiempo*¹.

¹ Rom., XII, 2.

FÁBULA V

La Gotera.

¡Qué dolor! Esparcidos por el suelo
Descúbrense, entre montes de sillares,
Capiteles, pilastras á millares,
Florones, arcos de atrevido vuelo.

Hace poco, elevándose sin duelo
Sobre firmes columnas seculares,
Provocaban del tiempo los azares
En magnífica pompa junto al cielo.

Hoy, al ver los tristísimos escombros,
Parándose el viajero ante la ruina

Del vasto Templo, que admirado fuera,
Doliente voz adviértele, entre asombros,

Lo que apenas el alma se imagina:

«De todo ha sido causa **una Gotera**»¹.

*De la culpa más pequeña,
Si el remedio se abandona,
La virtud se desmorona:
La Gotera así lo enseña.*

¹ Eecl., XIX, 5.

FÁBULA VI

Fotografías del Corazón.

Un Fotógrafo muy célebre,
Por dicha el secreto halló
De retratar con sus bártulos
Lo que está en el corazón.

Y, ansiando ponerlo en práctica,
Su máquina colocó
Frontera á una plaza pública,
En un lejano rincón.

¡Santo Cielo! ¡Qué espectáculo!
¡Qué cosas tan grandes vió!
Escenas son muy dramáticas;
Oigamos al inventor:

Viene un Joven.

— ¡Preparémonos!—

Y al punto que se paró,
Dejó en el cliché, por átomos,
Todo, todo su interior.

— Y ¡qué miro! ¡Escena bárbara!
Armada la Seducción,
Sobre un caballo flamígero
Persiguiendo va al pudor.—

Una Bella.

— ¡Lance cómico!
Mas... ¡qué rápida pasó!
Quedaron sus dos satélites,
Coquetismo y Presunción.—

Un Niño.

— Bien; será cándido.
Mas ¿qué descubro? ¡Nó, nó!
Ahogada entre goces lúbricos
Creciendo va su razón.—

Otra Dama.

— ¡Voto al chápiro:
De dijes de tocador
Ostenta, y de objetos fútiles,
Atestado el corazón.

Carrozas, trajes fantásticos
Y joyas de gran valor,
Do el oro y diamantes pérsicos
Rutilan en profusión.

Quisiera en su lujo hidrópico,
Su lumbre robar al sol:
Todo lo que lleva es mágico;
Pero su alma..... ¡qué horror! —

Un guerrero.

— ¡Lance trágico
Se nos presenta, feroz!
Aquí la soberbia indómita
Su fiero carro paró:

Sobre trono de cadáveres
Toma asiento; y á su voz
Que el mundo obedezca trémulo
Pretende sin más razón.

Y tiende la vista, y pérfido
Reclama inciensos y honor;
Y vierte la sangre y bébela
Si lo pide su ambición! —

Y así le dejó el hipócrita
Su retrato, el impostor,
El necio, el injusto, el pícaro,
El usurero, el ladrón.

Al fin, con llagas sin número,

Un Mendigo apareció,
Hastiado del tema místico
«Perdone, hermano, por Dios.»

Y ya, de fatiga exánime,
De sed, hambre y de dolor,
Cerrando humilde sus párpados
Rendido en tierra cayó.

La máquina da el fenómeno,
Y el cuadro ofrece.

— ¡Ah, Señor!

¡Tan sólo aquí vuestro espíritu,
La fe, la resignación....!

En tanto que el mundo sórdido
Es todo *Carne, Ilusión*
Y *Seberbia* (son los títulos ¹
Que un Santo Apóstol le dió). —

Con lo cual el buen Fotógrafo,
De susto lleno y pavor,
Su lente y sus adminículos
Haciendo trizas, gritó:

¹ Joan, II, -16.

— ¡Inicuo mundo diabólico!
¡De la virtud opresor!
¡Inmenso charco de crímenes:
Adiós para siempre, adiós! —

Y, al claustro volviendo el ánima
Del mundo escapa veloz:
— *Quien te conozca* (diciéndole)
Hará lo mismo que yo.

FÁBULA VII

Los Pecados capitales.

En profunda caverna,
Do la noche es eterna,
Juntáronse en *concurso*
Las pasiones humanas,
Con las miras livianas
De probar cada cual en un discurso
Cuál merezca, entre todas, para el hombre,
De *más justa* el laurel y el sobrenombre.

Habló primero la Soberbia, y dijo:
— «¿Quién como yo? Si el mundo se alborota
Con brillantes acciones, ¿no se nota
Que con mi aliento las impulso y rijo?» —

— «Y ¿qué importa (prosigue la Avaricia),
Si la humana justicia
De tal manera con mi afán se aviene
Que en la tierra es más justo el que más tiene?»

Sigue en pos la Lujuria: — «Yo, señoras,
Confieso mis flaquezas;

Mas el pícaro amor, á todas horas,
Es quien ciego me arrastra á mis torpezas.» —

Tronando, en esto, prorrumpió la Ira:
— «¡Yo merezco el laurel, y punto en boca!
Que, aunque fiera yo soy, si bien se mira,
Es cuando algún infame me provoca.» —

— «Y bien (dijo la Gula, echando un trago),
¿Qué mal á nadie hago
Aturdiendo mi pena
Con Málaga, Jerez ó Cariñena?»

»Ni ¿qué mal la Pereza ¡pobre amiga!
Que allí está sin fatiga,
Dándosele un ardite de este acuerdo,
Roncando en su poltrona como un cerdo?» —

Y en silencio quedó la concurrencia;
Porque la Envidia triste,
Por no decir que existe,
Se negaba á ilustrar la competencia.

En esto llega el Diablo,
Y en medio de sus Hijas toma asiento.
— «¡Atención, mientras hablo!

(Les dice, echando por la boca chispas):
Agotado tenéis mi sufrimiento,
Pues, más que hermanas, parecéis avispas:
Decidme, hato de necias, ¿quién blasona
De *justicia* ceñirse la corona
Donde la Envidia está, que, aunque no ladre,
Es la hija que más sale á su padre?» —

— «¡Eso nó!» (vocifera la Canalla).
— «¡Silencio! digo, ó mi furor estalla.
¿Sabéis, hijas traidoras,
Cuál es vuestra pensión sobre la tierra?
Atormentar al hombre á todas horas;
Angustiarle, oprimirle, darle guerra
Sin descanso ni alivio. ¿Mas lo hacéis?
Díganlo todas seis;
Que, unas más y otras menos,
Mezcláis vuestros venenos
Con el dulce licor de los placeres;
Mas la Envidia... ¡jamás! Desde que empieza,
Derrama su tristeza,
Su encono, su desvelo
En el vil corazón del hombre impío,
Sin brindarle una hora de consuelo,
Justiciera vengando su extravío.

¿No es esta la verdad?

— «¡Sí, sí!» (gritaron)

Y dieron la cuestión por decidida;
Y á la Envidia por *justa* proclamaron,
Dejándole ceñida
Su corona de víboras tejida.

*¡Eh! ¿Qué tal, buen lector? ¿Serán excesos
Repetir que ella pulve hasta los huesos? ¹*

¹ Prov., XIV, 30.

FÁBULA VIII

Ciego, Sordo y Mudo.

Entró cierto Pelagatos
En los salones de un Rey,
Y, sin respeto á su ley,
Cometió mil desacatos.

Al instante un Palaciego,
Por señas le dice: «Atrás!
Qué: ¿no sabes dónde estás?»
Mas no hizo caso: *era Ciego.*

Llega un Paje, y le habla gordo,
Ponderándole, irascible,
Que aquel lugar es terrible;
Mas no comprende: *era Sordo.*

Ya entonces con modo rudo,
Y con hostil interés,
Le ordena diga quién es;
Mas no responde: *era Mudo.*

Y, visto que va adelante
Con sus ejemplos tan malos,
Echaron al Hombre á palos,
Y así comprendió al instante.

*Jóvenes, sin fe y doctrina
(¡Sin los sentidos cristianos!),
Que vais al templo ¡profanos!
A hollar la mansión divina,*

*Salid del Lugar tremendo,
Antes que el Señor del mundo
Os lance de allí al profundo,
Vuestros desacatos viendo*¹.

1 Gen., XXVIII, 17.

FÁBULA IX

La Carta blanca.

Dedicada á mi muy estimado amigo el Ilmo. Sr. Don José Fernández Espino, Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

En parla castiza de siglos antigos
Me acude á las mientes contar una ystoria.
Udir vos atañe, rapazes amigos;
E fínquese afirmes en vuesa memoria.
Ca, non de fazannas de cruenta vitoria,
De Sancta Scriptura serán mis liciones
Fabladas á guisa de los infanzones,
Que á Espanna ganaron manífica gloria.

Un Rey cabdaloso, que amor ha por ley,
Priso de un Fidalgo muy rara terneza;
E Carta li endona do scripso *Yo el Rey*
Tan sólo, por signa de luenga fineza.
—«Por ende (li disso) fer-has bien proveza;
Ca, en toda rencura, si pides mercedes,
El ruego acomplido certano veredes
Con muy ricos dones de la mi largueza.»—

Graciólo el Vasallo; maes fo mal sesudo
Con peño caboso d' atanto valer;
Ca, triste, lazado, famniento é desnudo,
Magüera su Carta, fincó por doquier.
Femencia cutiano, ganoso de aver.....
Et nunqua gradoso tornó de su empeño;
Ca, turvo et infiesto, le mira con ceño
El Rey, que non asma su cuita toller.

Mohino el Fidalgo, grant ira li prende
En cabo, é la Carta destriza sannoso:
—«¡Don Reye (gridando) catad que por ende
Fincar ha el tu nome fallido et mintroso!»—
—«¡Xrifante! (recúdeli el Duenno bondoso)
Non fágote entuerto, non fízete enganno:
Seríe grant culpa, faríete danno,
Sobeío soltando tu pleito enoioso.

»¡Pardiez! ¿Cuáles donas demanda tu lengua?
Patrijas, gallaras, adovos, follía.....
Que al home sesudo se tornan en mengua,
Nemigas pregarias de la fidalguía.
¡Trufán! ¡malastrugo! mi carta non fía
Röines falagos de la vanidat:
Porfica lo bueno con grande omildat,
Prender-has tenencia granada é bailía.»—